

Madrid Cómico



20 cts.

—Pero ¿has visto esa cursi de las de Almeida, que viene al concierto sin sombrero?
—¡Para qué le quiere, si ha perdido la cabeza!

Madrid Cómico

DIRECTOR PROPIETARIO

Manuel de Agustina Tolosa

Oficinas: Preciados, 17, ent.º — Teléfono 3.558.

←→ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ←→

Madrid: tres meses, 2,50 pesetas.— Provincias: seis meses, 5 pesetas.—Un año, 10 pesetas.—Extranjero: Un año, 15 francos.

Número suelto: 20 céntimos.

A todos los compradores se les regalará mensualmente, con sólo presentar en la Administración los números de cada mes, un ALBUM MUSICAL con 8 páginas de música y artística cubierta a dos colores.

PARA COMPRAR BARATO

A LOS GRANDES ALMACENES DE LA

PUERTA DEL SOL, 15

1.500.000 pesetas de géneros en liquidación con 50 y 75 por 100 de rebaja.

Precios fijos: Horas de venta, de 8 a 1 1/2, y de 3 a 9.—Teléfono 913.

Se traspasan estos grandes locales.

ISIDORO GARCIA VILLA

MONGE

Muebles y tapicería de lujo

INFANTAS, 34

LA MEJOR REVISTA DE TOROS QUE SE PUBLICA EN ESPAÑA

ARTE TAURINO

COMPRE USTED TODAS LAS SEMANAS

REGALO de cuatro páginas del Diccionario Taurino Ilustrado, en forma encuadernable

INTERESA

á los lectores y corresponsales de este periódico

FRUTA PROHIBIDA

Cuentos picarescos inéditos de D. Felipe Pérez Capo, un tomo elegantísimo con magnífica y sugestiva cubierta en colores: Dos pesetas.

A nuestros lectores y corresponsales se les enviará por 1,50 pesetas, más 0,25 del certificado.

Agendas Bailly-Baillièrè para 1912

Agenda de Bufete

CONTIENE

Diario en blanco para anotaciones de ingresos y gastos, con importantes datos, muy necesarios en oficinas de Banca, Comercio, particulares, etc.

Cuatro ediciones económicas.

En Madrid: 1, 1,50, 2 y 3 pesetas.

En Provincias, 0,50 más.

Cuatro ediciones completas.

En Madrid: 2, 2,50, 3 y 4 pesetas.

En Provincias, 0,50 más.

MEMORANDUM DE LA

Cuenta diaria

CONTIENE

Secciones especiales para anotar visitas; señas útiles; gastos e ingresos diarios, y cuanto se necesita para llevar ordenados y sin temor á que se olviden los múltiples asuntos en que se desarrolla la vida moderna.

PRECIOS

En Madrid: 2,50 y 3 pesetas.

En Provincias, 0,50 más.

Agenda Culinaria

LIBRO DE LA COMPRA

que contiene 365 minutas y más de 700 recetas.

Explicación de la manera de condimentar los guisos que prescribe en los menús diarios.—Agenda en blanco para anotar al día los gastos de cocina.

PRECIOS

En Madrid, 2 pesetas.

En Provincias, 0,50 más.

AGENDA Médico-quirúrgica de bolsillo

ó Memorándum terapéutico, Formulario moderno y diario de visita.

CONTIENE

Diario en blanco para las anotaciones particulares.—Hojas para los trazados del pulso y temperatura.—Memorándum de terapéutica médico-quirúrgica y obstetricia.—Formulario.—Venenos y contravenenos.—Señas útiles á médicos, farmacéuticos y veterinarios, etc., etc.

PRECIOS

En Madrid... 2,50 pts.

Con cartera piel... 3,00 »

En Provincias, 0,50 más.

Agenda de Bolsillo

PARA

uso de Particulares.

Precioso libro de notas, dividido por días, con interesantes datos sobre Correos, Telégrafos, Teléfonos, tranvías, carruajes, etc.

Encuadernado en tela, con bolsillo interior y porta-lápiz.

PRECIOS

EN MADRID

De dos días en plana... 1,50 pts.

Con cartera piel... 2,00 »

De un día en plana... 2,00 »

Con cartera piel... 2,50 »

En Provincias, 0,50 más.



CHARLA SEMANAL



ACE cincuenta ó sesenta años, los hombres eran mucho más felices que ahora. Entonces no se tenía la menor idea de la aviación; no había nacido aún D. Rodrigo Soriano; las señoras, á las cinco de la tarde, en vez de tomar te, saboreaban con fruición sendos pocillos de oloroso chocolate, que, si bien es verdad que dejaban harto maltrecha á su elegancia, en cambio, ponía en sus paladares un dulzor alimenticio, del que está en absoluto desprovista

la tan cacareada bebida inglesa...

Pero una de las cosas cuya desaparición casi completa debemos lamentar más sinceramente, es la de esa ciencia, maravillosamente absurda, que llamaremos *espiritismo*. En el siglo de los miriñaques y de los dramas de Campródón, había familias enteras que se pasaban horas y horas alrededor de veladores, más ó menos cojitranco, preguntando á los seres de las *regiones astrales* si al *pater familia* le subirían el sueldo y si á la madre se la curaría un callo colosal que padecía en el dedo meñique de la pezuña izquierda...

¡Pero ¡ay! todo aquello pasó! ¡Cómo se va á acordar nadie de los muertos en esta decadente sociedad en que todos somos, ó creemos ser, unos vivos!

Sin embargo, aun existen corazones candorosos que prestan entero crédito á las palabras de los habitantes de las tumbas. Entre ellos se cuenta, para su desgracia, D. Procopio Tontolínez, una bellísima persona, sin más pecado conocido que el de pellizcar á sus criadas cuando los espíritus de sus antepasados permiten que se encuentre con ellas en los pasillos de su casa. ¡Ya veis que cosa tan inocente; el mismo D. Antonio Maura, á pesar de su probada austeridad, no se desdeña de hacer otro tanto, cuando la ocasión se le muestra propicia!

Pues bien; este D. Procopio de mi cuento; esta paloma inmaculada, tuvo la desgracia de caer entre la uñas de una tal doña Restituta Rapaz, y que envolviendo al infantil Tontolínez en las complicadas redes de sus grasientos encantos, le condujo casi á viva fuerza ante el ara de Himeneo...

El matrimonio fué para don Procopio un tormento superior á todos los tormentos inquisitoriales. ¡Se acabaron las experiencias *tiptológicas* en el velador y en los muslos de las mal olientes menegildas! ¡Doña Restituta no podía consentir aquellas cosas!

Pero no hay mal que cien años dure; y una noche la

amante esposa de don Procopio empezó á sentirse mala, mala; tan mala, que al poco tiempo, entre grandes sufrimientos entregó su alma á Satanás. No tengo necesidad de deciros como se quedaría Tontolínez. De su profunda desesperación guardan visibles señales las carnes de las desgraciadas que en aquella época tuvieron la mala suerte de estar sirviendo en su casa

Poco á poco el dolor de don Procopio se fué mitigando y pudo consagrarse de nuevo á la para el tan amada ciencia de los espíritus. Todas las noches, después de cenar, se sentaba delante de un velador y se pasaba horas y horas dialogando con los más esclarecidos *fiambres*.

Pero... ¡horror, terror y furor!, una noche, sin previo aviso, al comenzar á moverse el velador se encontró con que estaba en relación directa con el espíritu de su llorada difunta...

¡Y fué pequeña la patada que le aplicó al mueble; y fué pequeña la carrera que emprendió, horrorizado ante la sola probabilidad de volver á ver el rostro avinagrado de doña Restituta!!

**

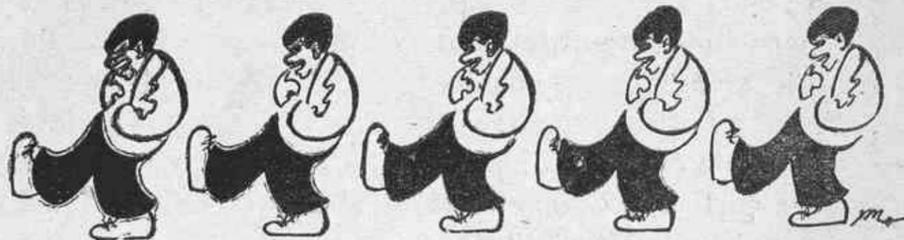
No recuerdo quién me dió una noticia el otro día que llenó mi alma de satisfacción.

Un español bastante rico residente en la República Argentina ha muerto, destinando gran parte de su capital á la tirada de una edición de nuestro teatro clásico, para que sea difundida gratuitamente por todos los rincones del mundo donde se habla la armoniosa lengua de Cervantes...

Ese es el sano, el verdadero patriotismo; el que debemos imitar. Y despreciemos esa vulgar y ramplona patriotería de los que...

*Si tremola sin baldón
la bandera roja y gualda,
sienten frío por la espalda
y les late el corazón.*

Juan José Llovet.





LAS ALAS DE ORO



Un día, un gorrión aventurero
se paró en la ventana de un platero,
y observando á través de los cristales
la mágica y luciente pedrería

y los ricos metales
que el laborioso artífice tenía,
deslumbrado quedó, de tal manera,
que si llega á ocurrírsele á cualquiera
sacar la mano para darle alcance,
sin esfuerzo, allí mismo le da caza,
dejando de este lance
malparado el prestigio de su raza.

¿Cómo creer que á un pájaro tan listo
que, volando á su antojo, había visto
cosas más meritísimas que aquélla,
cuando el alba asomaba sus fulgores,
al brillar las estrellas

y al dar el sol en las diversas flores,
ahora pudiese arrebatarse el juicio
el vulgar oropel del artificio?...

Hay pájaros así, de tal calaña,
que pasan lo asombroso inadvertido;
y, en cambio, les extraña
cuando lo ven alguna vez fingido.

El encantado gorrión atento estaba,
viendo cómo el artífice doraba
las metálicas alas de un Cupido
que, pregonando su amorosa empresa,
se le veía erguido
sobre un lindo reloj de sobremesa.

¡Qué impresión tan extática, qué encanto,
al ver las alas que brillaban tanto,
sentía el gorrión!... Y el pobre necio,
ante el fulgor de semejantes galas,
miraba con desprecio
el plumaje anodino de sus alas.

¡Qué estupendo y magnífico tesoro
tener las alas, como aquéllas, de oro,
que al sol diesen destellos de topacio,
y lucirlas con giros muy suaves,

y ser por el espacio
el asombro y la envidia de las aves!

Y, presa el gorrión de su quimera,
al platero le habló de esta manera:

—Si con oro me cubres estas toscas
plumas que ves sobre las alas mías,
de hormigas y de moscas
te limpiaré el taller todos los días.
Con gesto muy astuto y zalamero,
al gorrión le respondió el platero:
—Artista soy, mi afán es la belleza,
y aunque tus ambiciones satisfaga,
confía en mi nobleza,
que yo jamás te exigiré la paga.

Y sacando ante el pájaro atrevido
una cubeta de oro derretido,
untó al ave las alas, y al instante
vió el gorrión sus alas revestidas
de un oro tan brillante,
que parecían en el sol fundidas.

Era ya dueño del mejor tesoro:
¡las únicas, las únicas de oro,
entre todas las alas de las aves!
Las que tenían más valiosas galas,
más serias y más graves,
capaces de eclipsar todas las alas.

Pero, cuando iba á remontar el vuelo
y cruzar orgulloso por el cielo,
sintió un peso mortal, irresistible,
que encima de las alas le oprimía,
y le hacía imposible
acometer la empresa que quería.

Y se vió desde entonces bajo el peso
de sus fatales ambiciones preso,
No deseéis el oro y la grandeza,
reprimid vuestras vanas ambiciones,
que la naturaleza
nos presta siempre sus mejores dones.

Julio Hoyos.

¡QUE OCURRENCIA!

Vi asombrado el otro día
aparecer en mi casa
á Lucas, Pepe y Tomasa,
que son hijos de mi tía
Nicolasa.

Desde Chinchón, sin licencia,
se plantan aquí los tres,
para estarse medio mes,
y hacer una diligencia
de interés.

Tienen dinero de sobra,
y es cada cual un bolonio;
pero á mí, sin patrimonio,
vienen á hacerme una obra
del demonio.

Como es gente de posibles,
me surten de escapularios,
morcillas indescritibles,

aguardientes y otros varios
comestibles;

¡Pero paso unos berrinches!
¡Me dan cada desazón!...
de fijo no hay población
con individuos más chinches
que Chinchón.

.....
Buscando yo su recreo,
y hallando mis desventuras,
llevé á las tres criaturas
á que vieran el Museo
de Pinturas.

Después de andar de la mano,
y resbalar en el suelo,
y ver los cuadros en vano
(pues igual les da el Ticiano
que Frascuelo);

Ante un lienzo de Ribera.
hicieron alto en su viaje;
lienzo cuyo asunto era
una mujer muy ligera
de ropaje.

Y al verla, ¿sabéis qué fué
lo que se les ocurrió?
¿os lo digo?... Yo no sé
si atreverme... pero no;
otro día os lo diré...
¡Se acabó!

Juan Pérez Zúñiga.



DETABULLO LITERARIO



LEO en un periódico francés la trágica muerte de mi amigo D. Macario Pérez, arqueólogo y literato, á quien tuve el honor de conocer en un café de barrio.

D. Macario había dedicado toda su juventud al estudio. Las vastas y silentes bibliotecas devoraron sus años mozos, sus impulsos románticos sus anhelos sensuales. Había renunciado á todo por el amor á la ciencia y metodizó su espíritu como una estantería, como un índice.

Don Macario solía acudir á su cafetín en unión de algunos viejos y abultados volúmenes; se calaba sus antiparras, encendía un cigarrro de á cuarto, tosía, carraspeaba y se hundía en el pozo de abstrusa sabiduría de alguno de sus libros familiares. Y como el café solía estar solitario y la luz se entraba mansamente por los ventanales, á los pocos momentos la cabeza del sabio se perdía en los apacibles paraísos del sueño.

Cuando encendían los focos, el señor Pérez se despertaba, recogía sus libros y se iba á su modesta casa de huéspedes, donde los otros compañeros de pupilaje, gente joven y bullanguera le esperaban para yantar. Allí le invitaban á que ilustrase el condumio con alguno de sus conocimientos maravillosos.

—Pues habrán de saber ustedes, señores, que el juego del billar entre los antiguos fenicios...

Después, D. Macario se retiraba á su lecho honesto de docto varón. Todos los sabios cultivan la castidad como un lirio prodigioso. La rijosidad es propia de cabos de artillería; los que tienen que vivir del entendimiento deben renunciar á los placeres groseros y extenuadores de la carne. Así, D. Macario Pérez prefería un pedazo de cántaro etrusco á los cuplés de *El polichinela*, y una inscripción en sánscrito á una noche delirante con alguna dama de fuertes senos y flancos opulentos.

En esa vida austera de estudioso recogimiento, D. Macario trazó varias obras inmortales, aunque todavía desconocidas de sus contemporáneos.

Una noche, á pesar de su honrada resistencia, los joviales cofrades de hospedería hubieron de arrastrarle á la sala de un fermentado cinematógrafo.

Allí presenció el pudibundo arqueólogo un liviano desfile de bailarinas, de cupletistas, de duetistas; atronaron sus oídos los aullidos bárbaros de algunos espectadores que reclamaban ¡*La pulga!* y ¡*El molinete!* con furor de bestia en ardentía. Como remate de la fiesta salió al tablado un hermoso animal femenino que se anunciaba con el remoquete de *La exuberante Coralito, emperatriz del garrotín*. Era la artista preferida del público, y entonces el entusiasmo se desbordó en un vértigo lujurioso, y tal vez por contagio magnético del hervor colectivo, cuando *La Cora-*

lito levantaba las piernas—y á fe que eran magníficas—el arqueólogo sintió un enorme pudor que le hacía bajar los ojos, encrespársele las barbas é incendiársele las mejillas.

Salió del *cine* completamente avergonzado, en unión de sus amigos locuaces y aturdidos. Al día siguiente, D. Macario volvió solo á aquel antro de liviandad y de perversión.

¿Cómo se realizaría tan tremenda transmutación en el alma de arqueólogo sentimental? ¡Misterios del ser, complejidades de la naturaleza humana!

Tal vez, á las puertas de su corazón senil y de su sexo casi virginal, llamó su juventud pretérita y reclamó la parte de placer que no había gozado. Ello es que desde entonces prefirió los senos opulentos á los papiros, y la flor picante de una boca de bailarina á todos los azulejos prehistóricos y á todas las ánforas etruscas.

Con grave escándalo de la clase de arqueólogos y de archiveros, se le vió á D. Macario en las primeras sillas del *cine*, lugar apartado por la empresa para los señores senadores, los graves magistrados y algunos otros varones de pro y de alcorniada posición, y también—esto es lo más abominable—alguna mirada indiscreta sorprendió en algún baile de máscaras á la *exuberante Coralito* bailando jactanciosamente con el ecuanime D. Macario, que danzaba con todo el garbo que le permitía todo el peso de sus conocimientos arqueológicos.

Un día, en fin, D. Macario Pérez vendió sus papiros, sus azulejos y sus columnas romanas y desapareció de la corte. Al mismo tiempo, la *Coralito* dejaba de bailar en el tabladillo del cinematógrafo.

Se ignora la vida de los dos amantes en París, donde fueron á parar. El caso es que el martes por la mañana apareció flotando en las aguas trágicas del Sena el cuerpo del señor Pérez, arqueólogo sentimental, con sus ojos avizoradores de sabio, cerrados para siempre por los dedos impalpables de la Dama Pálida.

La *exuberante Coralito* debió comerse en pocos meses todas las maravillas arqueológicas del pobre Pérez. En la actualidad baila en el *Moulin Rouge* en unión del *Chato de Cartagena*, el jilguero más sonoro de la lírica flamenca, que es el verdadero amor de la danzarina, y el que la ayudó á devorar las ánforas y los vargueños del señor Pérez.

Don Macario deja varios libros; el más interesante es el póstumo, el que titula: *Venus y la arqueología: Memorias de los amores de una bailarina y de un ratón de biblioteca*. Lo publicará el editor Pueyo.

¡Descanse en paz el pobre Pérez, tatuado por la ignominia del ridículo hasta en su menguado apellido.

Hay predestinaciones afrentosas.

Emilio Carrère.

¡LA TIPLE DE ENTONCES!...

Los periódicos, que satisfacen nuestra curiosidad y endulzan nuestras horas de aburrimiento, nos traen á veces grandes tristezas y hondas desilusiones, que van dejando en el alma esa melancolía de las alegrías que pasaron y del recuerdo de los años juveniles, que ¡ay! no volverán.

Yo, en mis mocedades, algo remotas, tuve amores con una tiple de zarzuela, joven, como lo era yo en aquellos tiempos, juguetona y pizpereta, de ojillos negros y parlanchines. Yo la escribía versos que destilaban pasión y ella me correspondía con dulces miradas y deliciosas sonrisas. Por entonces me contentaba con esto; hoy... acaso fuera algo más exigente.

Aquello pasó sin dejar rastro en mi memoria; fué un capítulo, hoy olvidado, de esa novela de amores de la que todos hemos sido protagonistas alguna vez...

No había vuelto á tener noticias de aquella novia de otros tiempos, y ayer, al pasar la vista por uno de los innumerables periódicos que á diario se amontonan en la mesa de la redacción, me encontré con la noticia de que aquella tiple—con la que yo en-

tonaba mis dúos de amor, llegando á las notas más agudas, sin que fueran escuchadas por el público—formaba parte como característica de una compañía de zarzuela que marchará en breve á Buenos Aires.

Esta sencillísima noticia, que para tantos habrá pasado inadvertida, envolvía para mí la desilusión de que también yo dejé hace algún tiempo de ser galán joven para convertirme en característico.

La tiple, aquella tiple de mis amores, que interpretaba á las mil maravillas los tipos de jovencilla alocada y revoltosa; que hacía de princesa gentil y enamorada algunas veces y otras de muchacha coquetuela ó de traviesa colegiala, va á Buenos Aires—seguramente con algunas canas y algunas arrugas—á desempeñar papeles de portera gruñona, de beata empalagosa, de suegra indomable y de patrona de huéspedes egoísta y desconfiada.

En su *camerino*, donde se veían siempre pelucas con dorados bucles, muchos vestidos con lentejuelas y mucho carmín para los labios, se verán ahora blancas pelucas desgredñadas, faldas y delantales con colorines y los consabidos y ennegrecidos corchos para marcar más las arrugas y pintarse manchas y lunares ridículos.

La que antes pisaba el proscenio gentil y arrogante saldrá ahora á escena trémula y encorvada, lanzando gritos estridentes y risibles exclamaciones...

La dama joven ha *ascendido* á característica, y, necesariamente, para no salirse de su papel tendrá que aviejarse más, afearse más y acicalarse menos, porque el público no transige con una característica juguetona, esbelta, atractiva y seductora.

Por algo dijo Sócrates—y observen ustedes cómo los años también me van haciendo erudito—que la belleza en las mujeres es una tiranía de poca duración.

El galopar de los años es cruel é implacable. Hasta nos reserva tristezas y desencantos en las listas de compañía.

Vean ustedes cómo una tiple de hace veinte años se lleva mis ilusiones de juventud á Buenos Aires nada menos, y me deja el triste convencimiento de que también yo he empezado á desempeñar ya mi papel de característico.

Venga la peluca blanca, para no desentonar en el escenario de la vida. ¡Y quiera el cielo conservarme la peluca por muchos años!...

Pepe.

¡ A S Í !

Así te quiero yo ver,
Luz de mis puros amores,
Cuando allá, al atardecer,
Venga á tu reja á coger
Las perlas de tus favores.

La mirada querenciosa,
De ígnea aureola ceñida,
Tras los párpados de rosa,
Como el rostro de una diosa
Recatándose escondida.

Los labios, concha entreabierta
Entre corales cuajada,
Entornados cual la puerta
De la virgen que, despierta,
Llama á su amor encelada.

E hinchándose con presura
El tibio mórbido pecho,
cuya sedeña blancura
Brilla en el cuello tan pura
Como el arroyo en su lecho.

Y palpíte el labio blando
Al escuchar mis quererres,
Dulcísimo murmurando
Suspiros que irán cantando
El fuego con que me quieres..

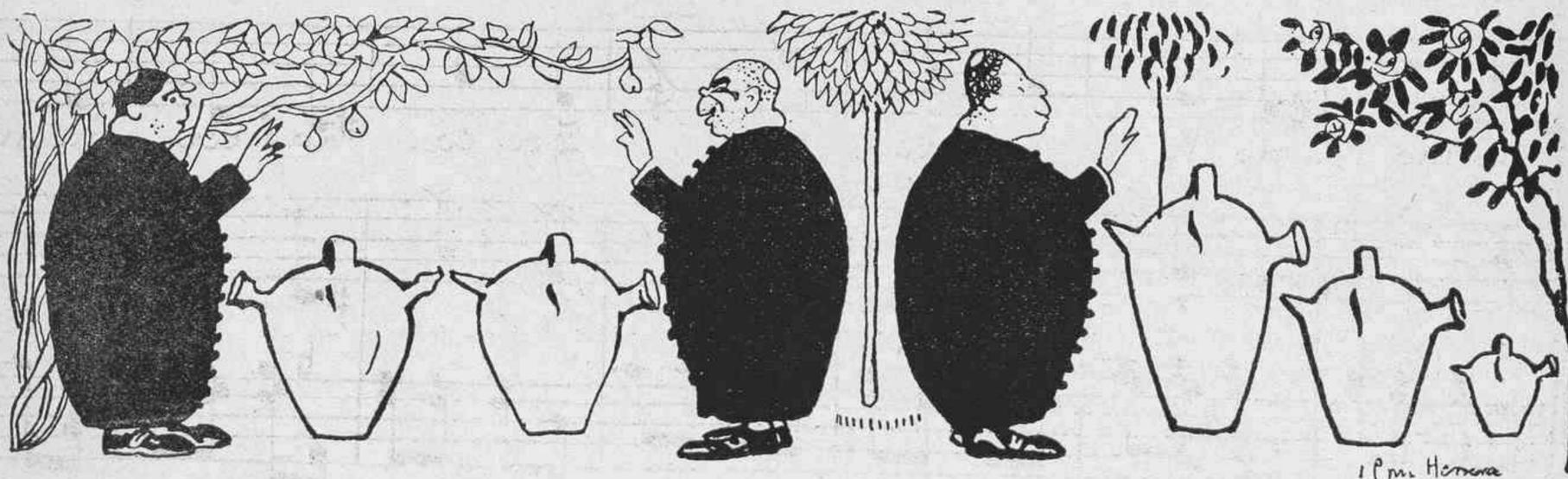
Y tu mano tiemble ardiendo
Cuando mi mano la toca,
Sin esfuerzo resistiendo
De mis besos el estruendo
Y la presión de mi boca.

Y con espasmos gloriosos,
Desfalleciendo el sentido,
Vengan mis labios dichosos
A posarse rumorosos
De tus labios en el nido.

Mas presto hiergas la frente
De rojo arrebol ungida,
Y entre confusa y riente,
Huyas cual cierva que siente
El rumor de la batida.

Así te quiero yo ver,
De tu reja entre las flores;
No cual lúbrica mujer
Que no sabe embellecer
Con el pudor sus amores.

Julio Valle.



C. Herrera

JUANITA LA DIVORCIADA

Marcha.

Canto

Ho hay mortal q. alguna vez no sueñe con a - mor
 Ho hay mortal q. alguna vez no sueñe con a - mor

Piano

Gonda

que este mundo a mar go por eu - pi - do lo hizo Dios
 que este mundo a mar go por eu - pi - do lo hizo Dios

mor que re mis - te - rí - o y no hay que to mar ven se - rí - o
 mor que re mis - te - rí - o y no hay que to mar ven se - rí - o

Padre

co - mo no lo to mo yo su ca - #rac ter me encan
 co - mo no lo to mo yo su ca - #rac ter me encan

Ca: Em y Pres:

to El a- mor es la ven- tu ra So- tras vo ces la lo-

Padre

Gonda

cu ra Ya estoy lo- co de ver dad Basta de fer

Carlos

Gonda

Carlos

ma li- dad Yo quiero que te- li ga Ya se- gi- re Los

Gonda

Em: Pres: Sod:

dos son con ve nientes Ya lo ve- re. Ya más yo vi tal situacion ¡ay!

Todos Padre

que mu-jer Es viva repre-sentacion De En-ci-fer us-ted me tiene

Gonda Pres. Gonda Em-PrezPa

lo-co de-sus por mi us-ted me ha tra-ster na do Tam bien a si? De-

y Carlos Car: Em y Pres.

monio de mu-jer Carac-ter singu-lar Con

Padre Todos

e Na no hay ma ne ra de te-ner pe-sar Doo pue de ser! oh! Que mu-jer Era la

la la la la la la la — la la la la la la la la — la la la la la

la la la la la la la la la la la la la la — la la la

Solo en ra la ventri.

ra el va lor nos lo da nos lo da nos lo da el a mor Es es el a mor

Mauricet cerró violentamente la puerta de su estudio y se dejó caer sobre un sillón, con los brazos abiertos y la vista fija en el suelo, murmurando:

—¡Perder mis últimos treinta francos!... ¡Ah, qué bruto soy!...

Luego sumergióse en un abismo de reflexiones siniestras, renegando de sí mismo y de su destino. Sí..., en el momento de ir á lograr un rayo de felicidad, un detalle insignificante y necio venía á echar por tierra el precioso andamiaje de sus ilusiones.

Una mujer joven, inteligente y hermosa, Mme. Helf, se había enamorado de él, de su semblante soñador de hombre ajeno á los quehaceres vulgares, de sus desplantes de artista independiente, de su conversación, que nunca aludía á esos asuntos baladíes que tanto preocupan á los holgazanes y á los tontos. Después de algunas semanas de delicioso coqueteo, durante las cuales sus almas se habían hechizado mutuamente, logró que ella le prometiese ir á visitarle á su estudio.

En seguida, el horrible espectro del dinero surgió turbando su contento. Varios cuadros suyos estaban en la tienda esperando comprador, y en aquel momento, no tenía nada que pudiera empeñarse ni malvenderse. ¿Qué hacer?... ¡Sólo le quedaban treinta francos!

Deslumbrado por la elevada posición social de su conquista y por el natural deseo de agradarla, Mauricet concedía á aquella primera entrevista la solemne importancia de una recepción; no comprendía que á su nueva amiga pudieran dispensársela menos honores que á una reina. Pero... ¿cómo?

Lo primero que hizo fué marcharse al Círculo, con la esperanza de que, jugando poco á poco y con prudencia, podría ganar los cinco ó seis luises que necesitaba. Pero no se acordó de que la Fortuna es mujer, y mujer enemiga irreconciliable de los amantes. En pocos momentos se vió despojado de su mezquino caudal, y salió del Círculo insultándose en alta voz. ¿Dónde iba á buscar dinero? No había minuto que perder. Madame Helf iría á buscarle para cenar á las siete y media; eran las cinco.

En poco tiempo pudo inspeccionar los bolsillos de todos sus amigos, menos uno: Jacobo Boris, taurino de oficio, que unas veces andaba forrado de bille-

tes de Banco y otras no tenía donde almorzar. Acaso le sorprendiese en una hora feliz.

Boris le recibió en la cama; la suerte le había vuelto la espalda; aquella vez, por tanto, no podía servirle, pero en la primera ocasión... Mauricet se indignó y reprendió á su amigo por su modo de vivir: era innoble pasarse los días en la cama, por no tener dinero.

—¡Ah!—pensaba Mauricet apoltronado en su sillón—; ¿por qué me habré metido á pintar? ¡Debí dedicarme al comercio!.. Y cuando ella venga, ¿qué puedo decir, qué pretexto voy á inventar?...

De pronto sonaron en la puerta del estudio tres ligeros golpecitos. Mauricet se levantó inmediatamente, pero permaneció inmóvil, como dudando. Sin embargo, dejar á su amiga en la escalera le pareció una grosería, y sin más vacilaciones, atravesó el estudio y abrió. Ella entró rápidamente, cual si llegase á un puerto de refugio después de haber corrido un peligro muy grande: él la estrechó contra su pecho, trémulo de emoción.

—Descanse usted—dijo indicando el sillón con un gesto; es mi asiento favorito; estará usted perfectamente... Yo, que soy un gran perezoso, se lo fío.

Ella obedeció, murmurando:

—Creí que no estaba usted. ¿Cómo ha tardado usted tanto en abrirme?... ¡Ah, esto va pasando! Parece que ahora respiro mejor. He sufrido en la escalera un miedo horrible: me pareció que algo sobrenatural me amenazaba.

—¿El qué?

—Nada... Propendemos á fingirnos quimeras, á suponer que en nuestras acciones influyen agentes misteriosos y terribles, y todo esto concluye por producir en nuestros pobres nervios una verdadera sensación de pánico. Luego, en cambio, la sensación de lo real es exquisita.

—¡Qué felicidad inexplicable esparce usted en torno suyo!—murmuró Mauricet llevándose á los labios una de las lindas manos enguantadas de madame Helf.

—¡Si supiese usted las dificultades que he tenido que orillar para venir á verle!...

El la interrumpió creyendo haber encontrado un pretexto para eludir el

vergonzoso compromiso en que imaginaba hallarse colocado.

—Yo también—dijo—pensé que no íbamos á vernos. A última hora, cuando ya me era imposible avisarle á usted, se me presentó un negocio...

Mme. Helf frunció las cejas y clavó en los ojos del pintor una mirada aguda, profunda, escrutadora, que le registraba el cerebro. El, aunque algo desconcertado, continuó diciendo:

—Figúrese usted, querida mía, que estoy enredado en un negocio de minas con mi amigo el conde Boris... ¡Y vea usted por dónde el banquero inglés sir Jenner, á quien deseamos vender nuestras acciones, viene esta noche de Londres!... Nos ha citado para las ocho en punto, porque á las doce se va; es imposible aplazar la entrevista. Como comprende usted, se trata de un negocio de capital importancia...

Calló; tenía la frente cubierta de sudor. Madame Helf se había quedado muy seria, y con la contera de su sombrilla se golpeaba impaciente las puntas de sus botitas de charol. Mauricet, cohibido por aquel silencio, anuncio de una cólera secreta, añadió:

—¿Se ha enfadado usted conmigo? ¡Oh, perdóneme usted!... Lo he sentido tanto... tanto...

Entonces ella habló.

—Realmente—dijo—no tengo motivos para sentirme feliz, mas no por eso estoy enfadada. Y, oiga usted... ¿quién es ese M. Jenner?

Uno de los banqueros más fuertes de Londres... Tiene grandes intereses en el Transvaal... Es amigo de Chamberlain... Un fortunón enorme...

—¡Es raro!... Nunca he oído nombrarle y conozco Londres perfectamente; he vivido allí...

—Pues *El Eco* de esta mañana, decía... No recuerdo dónde lo dejé... Seguramente Boris se lo ha llevado...

—¿Sabe usted una cosa?... Que estoy admirada de oírle hablar á usted. Acaba usted de ofrecérseme bajo un aspecto enteramente nuevo. Nunca hubiese creído que M. Mauricet fuese así. En diferentes ocasiones procuré informarme del carácter de usted y siempre me dijeron: «¿Mauricet?... ¡El último bohemio! Tiene mucho talento y podría ser rico, pero desprecia el dinero...» ¡Y eso me agradaba; era una despreocupación que me parecía de muy buen tono...

¡Y de pronto, usted mismo me revela que bajo el artista se oculta un especulador!

Se levantó Mauricet, agitado por un furioso oleaje de encontrados pensamientos, estuvo á punto de confesar la verdad, pero se reprimió, asegurando que se trataba de un negocio importantísimo, improrrogable. Madame Helf parecía escucharle atentamente y un leve gesto burlón plegaba sus labios.

—¡Entonces... adiós!—dijo levantándose—; quede con Dios el pintor accionista...

Y se fué. Mauricet permaneció estupefacto, creyendo que, en determinadas circunstancias, el hombre más inteligente puede conducirse como un idiota.

—He amontonado torpeza sobre torpeza y estoy perdido. No se trataba de una pecadora aficionada al lujo, sino de una mujer inteligente á quien divertía mi misma pobreza... Ahora comprendo que su único deseo se reducía á comer aquí, y no á corretear de teatro en café. ¡Con mis treinta francos hubiésemos tenido bastantel...

Por segunda vez oyó que unos dedos femeninos repiqueteaban ligeramente

sobre la puerta del estudio. Mauricet corrió á abrir. Madame Helf entró, riendo como una loca. Tenía en la mano un envoltorio que colocó sobre la mesa. El pintor la miraba con el corazón oprimido y los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Ah, loco, loco!...—exclamó ella riendo—: ¡abráceme usted!... He comprado un pastel de carne y una botella de *champagne*; todo ha costado diez francos... Cantidad que usted cuidará de devolverme en cuanto venda sus acciones...

José G. Rufart.

POEMAS BREVES

EL TRIUNFO DEL DIABLO

24 de Marzo.—¡Caballero, esto es ya demasiado!
«Como la soga va tras el caldero»,
me sigue usted á un lado y otro lado,
audaz, infatigable y empeñado
en ser mi amante... ¡lo que yo no quiero!

Nos estamos poniendo en evidencia
delante de la gente:
usted, con su insistencia,
y yo con mi actitud indiferente.

Y como usted no sabe
lo enemiga que soy de estas cuestiones
yo le suplico, para que esto acabe,
que abandone por Dios sus pretensiones.

Yo no pienso casarme, caballero;
mi carácter me marca otro camino,
y con la ayuda del Señor, espero
cumplir en un convento mi destino.

Con que no insista usted, que será en vano,
y en lugar de escribirme noche y día,
procure ser humilde y buen cristiano
y olvideme usted pronto.—*Rosalía*.

7 de Abril.—No sirve, por lo visto,
prohibirle á usted el que mis pasos siga;
usted no me hace caso y yo no insisto,
porque es inútil cuanto yo le diga.

Pero si usted supiera
que su persecución me quita el sueño;
si usted, al fin y al cabo, comprendiera
lo que me apena su tenaz empeño...

¡qué dichosa me haría
abandonando su pueril manía!

Yo soy una inocente pecadora
que compadece á los demás mortales,
y al pie de un crucifijo reza y llora,
despreciando las pompas mundanales.

Como á Dios me consagro en cuerpo y alma,
viviré en el mayor recogimiento
y pronto he de buscar la dulce calma:
la paz inalterable del convento.

Con las tocas monjiles
cubriré mis encantos femeniles,
y las blondas y encajes

con que á mi edad se sueña,
trocaré por incómodos ropajes,
por sayales de lana ó de estameña.

Ya ve usted, señor mío,
que á Dios me entrego, porque en Dios confío,
que desprecio este mundo miserable,
que huyo de pecadores galanteos,
que es mi resolución irrevocable,
y que no he de acceder á sus deseos.

11 de Abril.—Su carta he recibido
con hondo sentimiento,
y en ella estos renglones he leído:
*Para servir á Dios como es debido
no es preciso encerrarse en un convento.
¡Basta con ser amable y hacendosa,
esposa fiel y madre cariñosa!*

Podrá ser, no lo niego.
Ni su opinión censuro, ni le alabo,
ni con usted á discusión me entrego.
¡Discusión es á veces hábil juego
en que triunfa el demonio al fin y al cabo!

15 de Abril.—¡Que Dios omnipotente
se apiade de nosotros algún día
y destruya ese amor loco y vehemente,
esa pasión de usted, ciega y bravía!

Su confesión de ayer me ha anonadado.
¿Sabe usted lo que dice, desdichado?

¿Matarse por mi culpa? ¡Aunque tuviera
el corazón más duro que la roca
jamás tal disparate consintiera!...
¡Espere usted, por Dios!... ¡Quién lo creyera!...
Qué horror, ¡Virgen sagrada!... ¡Yo estoy loca!

17 de Abril.—Luego hablaremos;
vaya usted esta tarde á ver á Pura,
y á las cinco en su casa nos veremos.
A ver si entre ella y yo le convencemos
y logra usted triunfar de esa locura!

24 de Abril.—Mi bien querido,
mi encanto, mi embeleso, mi alegría:
esta tarde te espero en nuestro nido...
No faltes; ¡con el alma te lo pido!
¡Adiós! Tu enamorada, *Rosalía*.

Ramón ASENSIO MAS.

INFORMACIÓN TEATRAL



MADRID

—Abre el paraguas.

—Si no llueve...

—Es para aguantar el chaparrón de estrenos y novedades teatrales que tenemos que comentar...

—Te diré: á consecuencia de un catarro gripal, me he visto precisado á no salir de casa por las noches, y, por lo tanto, no he ido á ningún teatro; sin embargo, con el fin de estar al corriente de cuanto nuevo se ha presentado al público por esos escenarios, tengo anotados en este papel los «acontecimientos» teatrales á que me he visto privado de «honrar» con mi presencia; uno á uno te los iré citando, y tú, paciente espectador, me darás tu opinión, siempre respetable.

—Y acabarás por llamarme «crítico reprobado en gramática», como si lo viera...

—No veas visiones, y empecemos nuestro semanal chismorreo.

—Tienes la palabra, ilustre catarroso...

—En el Coliseo Imperial se estrenó una comedia en un acto y tres cuadros, original de D Ramón Rocabert, titulada *El último cuadro*.

—Sí, señor, y resultó un cuadro muy bonito, que gustó extraordinariamente al numeroso público que presenció el estreno. Hubo aplausos nutridísimos para el autor y para los principales intérpretes, en particular para la señorita Cobeña y al veterano Manso.

—En el Real, presentación de Anselmi.

—Anota un triunfo más del eminente cantante al presentárenos este año con *Tosca*, compartiendo las delirantes ovaciones que se le tributaron durante toda la ópera con nuestra simpática compatriota y «diva» Matilde de Lerma.

—Teatro Cervantes: estreno de la Comedia en dos actos *El medio ambiente*, de los Sres. Muñoz Seca y Pérez Fernández.

—Me complazco en hacer constar que la citada producción de esos dos escritores sevillanos fué un éxito franco, de los que dan honra y provecho á autores y empresas. *El medio ambiente* es una comedia andaluza muy linda, admirablemente dialogada y en donde vemos desfilar unos cuantos ti-

pos, retratados por felices objetivos de observación. Cuantos elogios prodigue á la excelente labor que realizaron Simó-Raso, la Srta. Palma, la Sra. Romero y los Sres. Renovales y del Cerro me parecerán pálidos ante la realidad. Vengo notando que en este simpático y favorecido teatro se representan las obras como en cualquiera de más campanillas; no en balde la dirección artística corre á cargo de Simó-Raso.

—Eslava: función á beneficio de la Asociación de la Prensa.

—Una función brillante que respondió á los deseos del público que tuvo el buen gusto y acierto de presenciarse, y que salió contentísimo del espectáculo, en el cual, como número de atracción, nos presentaron á la Fornarina, que por cierto cantó como ella sabe, archisuperiormente, unos cuantos *couplets* de su popular repertorio, acompañada al piano por el «extranjero» *monsieur* Quinito Valverde.

—Teatro de la Princesa.

—Sí; debut de la famosa actriz francesa Marta Regnier; ya la conocíamos, y, como la vez pasada, hemos vuelto á celebrar su trabajo en las cuatro funciones que ha dado. Es de suponer que se irá contenta de la acogida que se le ha dispensado en la Corte, en donde cuantas veces se presente, por su meritísima labor, será siempre bien recibida. En el mismo teatro de la Princesa se ha estrenado con general aceptación una obrita cómica en un acto, *Los pretendientes*, del Sr. Casal, que gustó muchísimo. Interpretaron la comedia con singular acierto la Sra. Cancio, Srtas. Jiménez, Le-Bert y León, y los Sres. Mesejo, Carsi, Montenegro y Gonzálvez.

—En Novedades, *El gato rubio*, de López Marín y López Montenegro.

—Es un melodrama lírico muy interesante, propio para el público del teatro de D. Evelio. Tanto el López primero, autor de la obra, mejor dicho, arreglador del original, puesto que aparece en el cartel como tomado el asunto de una leyenda escocesa, como el otro López, aplaudido compositor, consiguieron triunfar en toda la línea, sin dar lugar á que el «gato» fuera al agua... «confeccionando un minino que no sacará las

uñas á nadie; por el contrario, se dejará acariciar en la taquilla bastantes noches, y maldito si hará alguno gata en perjuicio de los intereses de la empresa, que, indudablemente, es lo que desearían los competentes encargados de leer las obras: el bondadoso Victoriano y el «nuevo» hombre del puro, el gran Navarro, de apellido, no me refiero á su procedencia.

—Price: debut de Fátima Miris.

—Es una genial transformista á lo Frégoli, que ejecuta una serie de transformaciones muy notables; la he visto trabajar en unas pantomimas tituladas *El secreto de Proserpina*, *Una sección de transformismo*, *París-Concert* y *La Gran Vía*; en todas fué premiada con calurosas ovaciones, merced á su vistosa y entretenida labor.

—Lara: estreno de la comedia en un acto de Alberto Casañal *La cerrada*.

—Es un graciosísimo y bien observado cuadro de costumbres aragonesas, que mantiene al espectador en continua carcajada, y que da lugar á que Leocadia Alba, la Pardo, Barraycoa y Romea hagan las delicias de la concurrencia en sus respectivos papeles.

—Español: *Fin de condena* y *Gloria al vencedor*.

—Así, los estrenos á pares. Señores, hay que fijarse en el número de obras que vienen estrenando en el antiguo Corral del Príncipe. Nos han dado á conocer en lo que va de temporada más producciones inéditas que corbatas el insigne periodista Luis Morote cuando no estaba de luto... Bueno; *Fin de condena* es un drama vigoroso, emocionante, en donde su autor, D. Juan Arzadún, trata con habilidad la vida de presidio; el auditorio falló su aprobación absolviendo al dramaturgo, dedicándole entusiásticos aplausos. ¡Ah! Borrás tomó parte en el drama; cierto que tiene un papelito de los *suyos*, violento, aterrador, y, claro es, se lució en extremo.

En *Gloria al vencedor* nos ha mostrado Antonio Domínguez un aspecto nuevo de su talento. La obra, escrita con una sobriedad retórica á que no estamos acostumbrados, fué estrenada con poca oportunidad é interpretada con deficiencia. Indudablemente, por

eso, no se le ha dispensado la acogida á que sus méritos la hacen acreedora.

—En Apolo, *La moza bravia*.

—Tampoco agradó á la concurrencia. Por respeto á uno de los autores del desdichado libro me abstengo de hacer comentarios; ¡sí no!... paz á los muertos...

—En el Cómico.

—No digas más; te refieres al estreno de *El refajo amarillo*, ¿verdad? Pues te diré que gustó muchísimo, que se aplaudieron con entusiasmo los dos actos y los ocho cuadros de que consta el melodrama folletinesco de los Sres. Larra y Fernández de la Puente, con notas musicales del maestro Torregrosa. No te figures que, á pesar de ser un melodrama, el pú-

blico no tiene ocasión de reirse, nada de eso: durante toda la representación el espectador encuentra suficientes motivos para reir, pues la parte seria no pasa de ser interesante, sin llegar á lo terrorífico.

Excuso decirte que la deliciosa pareja de excelentes actores Loreto y Chicote sacaron gran partido de sus papeles y se hartaron de escuchar frenéticas ovaciones. La Franco, la Medero, la Castellanos y Paula Martín, como los Sres. Castro, Delgado, Bermúdez y Miranda, contribuyeron con su labor al buen conjunto de la obra. Martínez Gari, que ha pintado nada menos que siete preciosas decoraciones, escuchó merecidos aplausos, viéndose precisado á salir á escena

infinidad de veces. En suma: *El refajo amarillo* resultó un éxito lisonjero de los que caen pocos en libra; todo Madrid desfilará por el teatro de la calle de Capellanes atraído por la curiosidad de ese «refajo», que es de los más bonitos que yo he visto...

—¿Qué otras novedades ha habido?

—¿Te parecen pocas?

—No ha faltado más que un estreno de Miura...

—¡Hacía mucho tiempo que no salías por «peteneras»!...

—Te diré...

—No digas más, y... hasta la vista, que dicen los valencianos...

Colirón.

Emilio Carrère y el velador.

Lector: quiero presentarte un nuevo aspecto de Emilio Carrère, ese estupendo poeta que te ha hecho llorar con las estrofas de ese poema maravilloso de amor y dolor que se llama «La musa del arroyo».

Sin duda, la traza pintoresca del poeta te es familiar. Habrás visto, seguramente, muchas veces los retratos y caricaturas que de él han publicado los periódicos, ó acaso le has encontrado en un café apartado y silencioso urdiendo alguna historia dolorosa y grotesca y envuelto en la nube azul del humo de su pipa. Quizá alguna noche, al desembocar en una obscura calleja, has visto ondular su capa y te has asombrado un poco ante su sombrero inverosímil y ante su traza toda, extraña y funeraria.

A Emilio Carrère, ese poeta que tan bien narra las pintorescas aventuras de la bohemia cortesana, le han hecho una leyenda de miseria completamente falsa. Emilio Carrère, no solamente come todos los días, como cualquier mortal insignificante, sino que además, y como un banquero auténtico, lleva siempre un duro en el bolsillo del chaleco y un puro que, si no es de la propia Habana, es, por lo menos, de sus alrededores.

Estos dos *adminículos* complementarios de su personalidad han pasado ya á formar parte de su naturaleza. Así, se dice: «Carrère tiene una capa, un sombrero que siempre es viejo, un duro y un puro de veinte céntimos».

Yo confío en que la discreción de sus amigos les impedirá aprovecharse del secreto.

Pero no es del puro, ni siquiera del duro, de lo que te quiero hablar. Con ser parte integrante del poeta, no tienen interés suficiente para hacer de ellos un artículo.

El aspecto bajo el cual quiero pre-

sentároslo no es el de un hombre opulento.

Veréis en cuál.

Carrère es el hombre que dice con mayor naturalidad las cosas más estupendas. Nada le sorprende. Yo le oí decir una noche con la mayor naturalidad del mundo:

—Esta tarde, hablando con Verlaine...

Y lo dijo con tanta sencillez, que yo llegué á creer que habían comido juntos.

Tú, lector, acaso pongas en tela de juicio la cordura del poeta, y aun dudarías más si le oyeses decir:

—Toda mi vanidad está puesta en que se mueva un velador.

Porque Emilio Carrère está entregado por completo á las ciencias psicológicas, y va y viene al Paramatmor con tanta frecuencia y sencillez como si se tratase de un viaje á Pozuelo ó Villaverde. Yo no puedo por menos de reconocer que los tales viajes le sientan perfectamente y que su traza y su indumentaria le dan un gran aspecto de sacerdote de lo maravilloso. Y es un verdadero sacerdote. Hay que ver la religiosidad que pone en el rito.

Se despoja de la capa. Enciende un puro—ese puro que, en unión de un duro, forman parte de su naturaleza—, extrae una gran bocanada de humo y solemnemente, religiosamente, pone sus manos sobre el tablero del velador. Luego cierra un ojo, eleva una sola ceja, tose fuertemente y, al notar las oscilaciones del mueble, pregunta con la mayor seriedad:

—¿Estás ahí? Un golpe, sí, y dos, no.

Y así, toda la noche se la pasa en comunicación con unos señores de un mundo invisible y sobrenatural, á los que él llama familiarmente *camarrupas*.

Y no es esto sólo: lo peor del caso es que les complica la vida á cuantos se le acercan, y hay señor que, des-

pués de oírle disertar acerca del velador y la calidad de los espíritus, hace en su casa una verdadera revolución, y convierte su despacho en salón de baile, en el que las mesas y las sillas se lanzan á un vals desenfrenado, maravilloso y estupendo.

Pero estas experiencias, que pudieran llamarse «prólogo de la locura», no dejan satisfecho al insigne poeta. El quisiera algo palpable.

El pulmón de un difunto, por ejemplo.

Es de lamentar que no haya ninguno tan desprendido que le haga el obsequio de una mandíbula ó, al menos, del paquete intestinal, cosa que, á mi entender, ha de serles muy poco útil en el estado á que se ven reducidos.

¿No hay un difunto de buena voluntad?

Yo no le puedo perdonar á Carrère el que me haya complicado en tales cosas. Bien está todo; pero, caramba, eso de que no pueda dormir ninguna noche por la inquietud que me produce el pensar que puede venir á visitarme cualquier fiel difunto que se aburra no me parece agradable ni divertido, por muy fiel que sea. ¿No creen ustedes lo mismo?

Y como yo hay muchos.

Julio Hoyos, pongo por complicado, como, además del miedo, tiene poca vista, al despertarse la otra noche encontró á un compañero de casa que revolvía sus papeles, y, tomándolo por un espectro, hubo de decirle poseído de gran pánico:

—Perdone, señor espíritu, no moleste. ¿No le sería lo mismo darse una vueltecita por la Puerta del Sol?

Este es el aspecto bajo el cual quería, lector amigo, presentarte á Emilio Carrère, ese estupendo poeta que te ha hecho llorar con las estrofas de ese poema maravilloso de amor y dolor que se llama «La musa del arroyo».

F. Martínez-Corbalón.

FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GENEROS DE PUNTO

Elegancia, Surtido y Economía

PRECIO FIJO ☼ 12, MARIANA DE PINEDA, 12 ☼ PRECIO FIJO

EN BREVE APARECERA

el gran semanario ilustrado

Para todos

Colaboración de los más reputados

Escritores y Artistas

Cuentos, Historietas, Caricaturas, Teatros,

Actualidades, Sports, Modas,

Curiosidades, Pasatiempos, etc.

16 GRANDES PAGINAS CON NUMEROSOS FOTOGRAFADOS

10 CÉNTIMOS, 10



—Guardia, guardia, detenga V. á ese pollo que me viene siguiendo.
—¿Pus, qué de *malu* hay en ello?
—Que como dicen que «el que la sigue la mata»...